

# Novela a Partir de Cero

por Sebastián Salazar Bondy

11/10/58 P.8

Un crítico ha dicho a propósito de "Los Pasos Perdidos" de Alejo Carpentier: "Formidable, pero no es novela. Es puro estilo; el estilo devora la novela". Y el notable escritor cubano, cuyas obras están siendo traducidas en Europa con un éxito como nunca antes se había producido con autor de habla española, y menos latinoamericano, ha respondido con estas palabras: "¡Ay! Los años que vengo oyendo eso!" Y para ilustrar hasta qué punto la crítica rutinaria ha lanzado tal condenación, traza, en pocas líneas, la historia más reciente de la muletilla aludida. Vale la pena transcribirla.

1923. Un amigo mío, muy culto, descubre en una librería las obras de Marcel Proust. Es algo que debe leerse —me dijo—. Desde el punto de vista psicológico, es extraordinario... Ahora, eso sí... Es o no es novela.

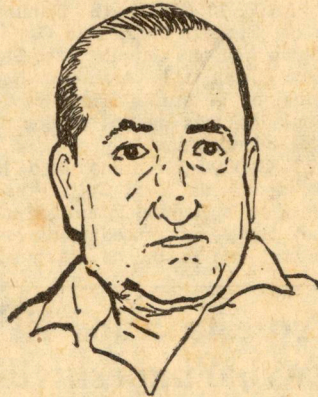
1928. Llego a París. Un amigo me habla, por primera vez, del "Ulises" de Joyce. Algo singular, genial... —me dice—. Ahora, eso sí: eso no es una novela.

1933. Traducen a Kafka al francés. Aparece "El Proceso"; aparece "El Castillo". Algo nuevo, singular, inquietante —decíase en todas partes—, pero no son novelas...

Pero resulta que estas novelas que no son novelas, son, a la postre, las que obtienen el mayor éxito en una época dada. ¿Entonces?"

Para Carpentier la clave del fenómeno es muy simple. Las gentes, y entre ellas nuestros

críticos, se cifien, por pereza o ignorancia, a un molde preestablecido, a un patrón determinado de antemano, y acaban por creer que todo lo que no se ajusta a él equivale a un atentado contra dicho género, contra la literatura, contra la estética toda. La obra renovadora, o a lo menos con ímpetu reno-



Carpentier

vador, es la única, sin embargo, que mantiene la salud de la creación artística. Clemente Palma, entre nosotros, mandando a César Vallejo a plantar hortalizas en la chacra, es una buena muestra de esa habituación formal que rechaza toda singularidad poética. Poesía quiere decir, en suma, invención. Y el que no inventa, no avanza.

La idea, por cierto, no es nueva. Unamuno tiene una página en la que reclama, para la transformación del teatro español, un bárbaro. Un bárbaro en el sentido de que carezca de los respetos tradicionales a las normas

y las preceptivas fatigadas. Y para demostrar lo que sugiere acude al símil del señor lleno de urbanidad, que dice vaciedades y lugares comunes porque así lo mandan los buenos modos sociales, y el campesino rudo y directo, que, a veces, en su rusticidad, suele afirmar verdades metafísicas y abrir una nueva perspectiva a los más cultos. Proust, Joyce o Kafka —Faulkner, Huxley o Dos Passos, que Carpentier propone como ejemplos de lo que sostiene— fueron bárbaros en este sentido: en el de comenzar a partir de cero, desconociendo adrede los antecedentes novelísticos, la famosa tradición, que muchos interpretan como continuidad monótona de lo consabido, como maníaca repetición de lo mil veces dicho antes.

En el reciente concurso de novela y cuentos auspiciado por Mejía Baca y Villanueva —cuyo premio obtuviera tan justamente Luis Felipe Angell—, el jurado, constituido por tres jóvenes escritores (Alberto Escobar, Luis Alberto Ratto y José Miguel Oviedo), expuso consideraciones generales sobre las obras presentadas al certamen. En una de ellas aludía a la pobreza de recursos de la mayoría de los originales. El cronista quiere interpretar esa atinada observación como la vigencia entre nosotros de normas anticuadas, rígidas y vacías en la construcción narrativa. Se cree, tal como Carpentier lo sostiene en la nota comentada, que el esquema de un relato grande o breve es el siguiente: Primer capítulo: Presentación de los personajes; Segundo capítulo: Antecedentes de los personajes y la acción. Siguiendo capítulos: Descripción, diálogo, descripción, diálogo, descripción, diálogo... hasta llegar al nudo, y Capítulo final: Desenlace ¿Pero, es esto una novela?

Tal vez para un mal profesor de literatura, no para un buen lector y de ninguna manera para un buen escritor. Al ponerse a escribir, el artista de raza actúa como si fuera a inventar el género, como si fuera el primero que toma la pluma para contar algo. La historia no existe para él y, en su mesa de trabajo, humilde o confortable, es como un dios en el primer día de la creación.

Y que por lo tanto no significa "esclavitud"...